

Jamás me olvidaré de aquel día, 30 de diciembre de 2015, un día para guardar en el baúl de las cosas que me han hecho crecer, sin lugar a dudas, y tal y como quería mi padre, uno de los días que más me ha enseñado sobre la vida.

Era sábado, aquel día había decidido que tras los exámenes merecía un descanso, así que mis planes eran quedarme durmiendo hasta que mi cuerpo quisiera. Sin embargo, nada más lejos de la realidad. A las ocho y media de la mañana suena el teléfono de casa, a mi madre le tocaba turno en el hospital y mi padre había salido de viaje de negocios, por lo que estaba sola. Cogí el teléfono aún durmiendo, y una voz femenina me iba relatando lo que a mí me parecía ser un sueño, o mejor dicho, una pesadilla. Se trataba de una funcionaria del hospital, que me informaba de que mi padre biológico se encontraba en estado crítico, moriría en cuestión de días, y yo era la única persona que habían encontrado cercana a él, por lo que estaban obligados a informarme de la situación. Me quedé sin palabras ante aquella mujer, que me contaba aquello como si me estuviese hablando de lo que había cenado la noche anterior. Supongo que esta llamada sería tan usual para ella como para mí impactante. Le dije que pensaría si ir o no, ya que quería meditarlo aunque fuese unas horas. Y en efecto, me pasé las siguientes tres horas sentada en la cama con una manta por encima y la mirada perdida, y hasta que no hube tomado una decisión no llamé a mi madre para contarle lo ocurrido. Sabía que aquello era algo que tenía decidir yo sola, y también sabía que mi madre me habría dicho que no fuese. Finalmente, tras haberme convencido a mí misma de que debía dar ese paso e ir a ver al hombre por el que tanto me había preguntado, llamé a mi madre.

Ese mismo día después de comer me dirigí al hospital. Recuerdo el camino como si fuera un momento de trance, en el que no pensaba en nada, simplemente había algo en mí que me movía a ir hacia allí y por fin poner cara a aquel hombre que me había dado la vida. Finalmente, me dirigí al mostrador de información, donde me dijeron el número de la habitación de mi padre, 314. Sin embargo, una vez me dirigía para el ascensor, una enfermera me paró y me dijo que la acompañase un momento. Me llevó a una sala y allí me entregó una bolsa de plástico, eran sus pertenencias. No quise entretenerme más, ya que ese gesto de la enfermera me demostraba que mi padre se encontraba verdaderamente al borde de la muerte.

Casi sin darme cuenta me encontraba en la puerta de la 314, esperando a que un impulso de valentía me llevase a abrirla. Unos segundos después, la abrí y allí estaba él. Se parecía muchísimo a mí, pelo moreno con alguna que otra cana, tez muy clara, con la cara y las manos muy castigadas y un semblante de intranquilidad, de inquietud, de sufrimiento que me llamó poderosamente la atención. No pude evitar que las lágrimas inundaran mis ojos al imaginarlo cogiéndome cuando era tan sólo un bebé, abrazándome o dándome un beso, y en ese momento me vino a la mente el único vago recuerdo que me quedaba de él, y que guardaba como oro en paño dentro de mi

cabeza. Decidí entonces sentarme en el sillón que había al lado de la cama, decidida a hacerme cargo del funeral y entierro de aquel hombre que, a pesar de no haber aparecido en mi vida antes, siempre había tenido la sensación de que estaba ahí. Unos minutos después entró el médico, un hombre muy alto que me informó del diagnóstico de mi padre. Había tenido un ictus que había afectado gravemente a su cerebro, por lo que en este momento tenía unas capacidades reducidas casi al máximo, con una completa imposibilidad de hablar ni escuchar. Sin embargo, esta noche procederían a sedarlo puesto que no aguantaría más de veinticuatro horas en ese estado. El médico abandonó la habitación y yo tras diez minutos intentando asumir toda esa información, me dispuse a echar un vistazo a la bolsa de las pertenencias de mi padre. Dentro había una muda verdaderamente sucia y apestosa, una cartera con tres euros, y dos cosas más que me dejaron sin palabras. Un billete de autobús con destino a Madrid, la ciudad donde he vivido siempre, otra, una especie de libreta en muy mal estado que sin remediarlo, la curiosidad me obligó a leer.

*25 de noviembre de 2015*

*Hola María, no sé verdaderamente si lo mejor que puedo hacer es serte completamente sincero sobre mi vida o si te haría más feliz saber que tu padre es un superhombre, lleno de motivaciones y expectativas, de sueños y planes, de razones para explicarte por qué no estoy ahí ahora mismo secándote las lágrimas. Así que, como siempre he hecho cuando no sabía qué hacer, voy a explicarte todo, pero tranquila, te conozco lo suficiente como para saber que necesitas que sea poco a poco, sé lo sensible que eres y lo paciente que soy yo.*

*Hoy la verdad es que ha sido un día complicado, un día de reflexiones y pensamientos, como casi siempre, sobre ti, lo cual me ha ayudado a sobrellevar mejor este frío invierno alemán. Sí, vivo en Múnich, algo lejos de ti, en la mitificada ciudad, una ciudad que tiene dos caras, todo depende de la perspectiva desde la que la mires. Así que, cielo, Múnich es una ciudad fría, llena de personas con prisa, perros con hambre, una húmeda y fría brisa mañanera, y una gran falta de empatía. Voy a continuar con la sinceridad con la que quiero que me recuerdes siempre, así que he de reconocer que yo he sido como todas esas personas, preocupado tan sólo de mi felicidad, de la tu madre y en especial, de la tuya. Sin embargo, ni la suerte ni mi falta de fuerza me permitieron continuar con lo que iba a ser la vida que siempre había planeado.*

*29 de noviembre de 2015*

*Buenos días María, en este mismo momento doy por comenzado lo que será un día más, o quizá un día menos. Son las cinco de la mañana, hora a la que comienza el*

*tráfico en Múnich. Aunque parezca extraño, no es el tráfico el que me despierta, sino una incomodísima sensación de insensibilidad en los pies que me alerta de que si no me pongo en marcha será mucho más difícil que ahora levantarme. El húmedo frío ha calado lentamente en mis pies esta noche, siento la nariz como un cubito, al igual que el lóbulo de las orejas, sin embargo, el hecho de pensar que hoy ocuparé mi día en que me conozcas un poquito más me despierta una media sonrisa que hacía tiempo que no sentía en mi rostro, así que una vez más, gracias por ser la razón que me haga poner este maltratado cuerpo en movimiento.*

*Lo primero que haré será lo que podríamos llamar “hacer la cama”, francamente hija, voy a recoger los cartones que han cubierto el suelo, y las mantas que me han cubierto a mí esta noche, y las esconderé en el sitio de siempre. Ahora toca ir a desayunar, recorriendo las tres manzanas de distancia a las que se encuentra el comedor social. Todos y cada uno de los días que hago este camino me acuerdo de ti, de cuando iba por las mañanas a por croissants y pan recién hecho para desayunar, e incluso llego a imaginarme que es verdad, y que tu madre y tú seguís aún esperándome en la cama, mientras ella te da el pecho, y que entro en casa y me pongo a inspirar el olor a café y a croissant recién hecho que recorre cada rincón, mientras disfruto de la felicidad que tu madre y yo nos hemos trabajado con creces. Sin embargo, cuando noto clavada en mi nuca la primera mirada de desprecio despierto, y mientras observo lo que me rodea, la realidad, una gota salada recorre mi mejilla recordándome que estás tan lejos de mí como yo de la felicidad.*

*7 de diciembre de 2015*

*María, cariño, ya te dije que iba a ir poco a poco, así que hoy empiezo a escribirte a las dos del mediodía, tras haber comido algo y haber pensado la parte de mi vida y de mí mismo, e incluso de ti misma, que quiero que conozcas hoy. Sé que lo que has leído hasta ahora ha podido ser muy duro, desconcertante, y estoy seguro que decepcionante. Además, tendrás un millón de preguntas en tu cabeza, y sé que mi presente no es todo lo que necesitas saber de mí, entiendo que mi pasado, mejor dicho, nuestro pasado es importantísimo para ti, al igual que lo es para mí, puesto que es todo lo que tengo, así que intentaré no dejarte ni una noche más sin dormir.*

*Todo comenzó un horrible día 6 de Mayo de 1995, aquel día yo tenía una reunión muy importante de trabajo, así que estaba tan nervioso que me encontraba prácticamente ausente. Tú estabas especialmente feliz, además nunca olvidaré la gran sonrisa con la que te despertaste. Tu madre y yo habíamos discutido bastante por la mañana, y reconozco que ella tenía toda la razón, sin embargo, jamás pude decirle “lo siento”. Una vez te dejé en la cuna y con la niñera, yo me fui al trabajo, y Eva se quedó en casa preparándose para ir a una entrevista importantísima para ella, en un departamento a unos setenta kilómetros de Madrid. A las 12.47 de aquella mañana, y a mitad de la reunión, sonó mi teléfono y al descolgarlo comenzó la gran pesadilla en la que he*

*quedado encerrado, de la que aún no he podido despertar. Como te imaginas, mamá había tenido un accidente de coche del que no pudo sobrevivir. Cuando me lo dijeron sentí como me rompía por dentro y como las lágrimas y los gritos se apoderaron de mi persona sin poder controlar tanto dolor.*

*20 de diciembre de 2015*

*Lo primero que me viene a la cabeza hoy al ver el papel en blanco es disculparme contigo, sé que tenía que haber sacado fuerza para acabar ayer la horrible historia de cómo nuestra vida comenzó a deshacerse, pero transportarme a ese día me ha hecho mucho más daño del que pensé que me haría. De todas formas, mereces una explicación de quién eres, y yo deseo más que nada que dejes de pensar que te abandoné a tu suerte, así que continúo por donde lo dejé.*

*Aquel imborrable día y los consecutivos fueron desconcertantes. Tu madre fue huérfana desde los diecisiete años, su única familia éramos tú y yo, y mi familia llevaba sin hablarme quince años, además por cuestiones de trabajo acabábamos de mudarnos a Madrid, no conocíamos a nadie, así que allí estábamos los dos, prácticamente solos, una niña de once meses asustada y un hombre de treinta y cuatro mucho más asustado. En los meses posteriores me sumí en una depresión de la que nunca he podido salir, sin embargo no me podía permitir el lujo de descuidarte ni un segundo. Te daba el biberón todas las noches, hacía la comida, iba al trabajo y cuando volvía recogía un poco la casa. A pesar del esfuerzo sobrehumano por intentar mantener lo que hasta el momento había sido nuestra vida, me era imposible compatibilizar mi nuevo trabajo con nuestra nueva rutina, así que tuve que dejarlo con la esperanza de conseguir algo mejor en los próximos meses. Fue entonces cuando nos mudamos a Múnich, mi ciudad natal. Sin embargo, la suerte se había alejado tanto de mí como las ganas de vivir. Pasaban los meses y no conseguía nada. Poco a poco se acababan las ayudas económicas, tuvimos que cambiarnos de piso, a uno aún más modesto y yo intentaba pagar las facturas como fuese. Al final, llegó un punto en el que me di cuenta que cada día dábamos un paso atrás y que la situación no haría más que empeorar. Fue entonces, cuando ni mi mente ni mi corazón aceptaban tanto dolor y tanta responsabilidad, así que decidí devolverte el derecho a ser feliz. Te busqué una familia de adopción que tenía todo aquello que llevaba desde que naciste intentando darte. En ese momento comenzó la que sería tu nueva vida. Yo me encontraba tan encerrado en mí mismo que no pude más que dejarme llevar y dejar que la vida hiciese conmigo lo que quisiese.*

*23 de diciembre de 2015*

*Hola María, ahora mismo son las tres y cuarto de la madrugada, me han quitado los cartones y las mantas, no sé dónde ir ni a quién pedir ayuda. Siento unas ganas inmensas de gritar de rabia, de llorar de desesperación y de golpear lo primero que*

*encuentre porque no sé cómo continuar sosteniendo una vida que ha dejado de tener esperanza, una vida que ha dejado de vivir y a un hombre que se encuentra en continuo duelo con el tiempo; yo. Me encuentro cada vez más cerca de un peligroso límite, un punto en el que vivir duele, un dolor que no deja aflorar ningún otro sentimiento en mí. Mi amor, necesito desesperadamente un soplo de ti, necesito volver a acordarme de tu olor, volver a ver tus increíbles ojos azules y volver a sentir que existo, porque hasta ahora me veo como un fantasma deambulando por esta gran ciudad. Pronto llegará ese momento...*

*Es demasiado difícil mentalizarme de que pasaré tres o cuatro noches más prácticamente sin dormir, buscando unas mantas que me permitan pasar las frías noches de ayuno sin caer enfermo. Te mereces saber quién eres, así que no puedo permitirme el lujo de estar tan cerca de la muerte. Confiaba ciegamente en que mi escondite era perfecto, pero tienes que entender que vivo en un mundo completamente diferente al tuyo, y aunque te extrañe, lo único que siento por la persona que tiene ahora mis mantas es muchísima compasión, porque cuando verdaderamente te sientes rozando con la punta de los dedos el “dejar de ser”, la muerte, te conviertes en un ser instintivo y todos tus sentidos se concentran en una única cosa, seguir caminando, aunque no a la velocidad que uno quisiera. Por eso María, el consejo más importante que te puedo dar es que nunca dejes de caminar, no importa la velocidad, concéntrate solo en el recorrido y aunque sea difícil, intenta disfrutar del paisaje.*

*27 de diciembre de 2015*

*Buenos y bonitos días María, porque hoy es el día más importante de toda mi existencia desde que te dejé atrás. Hoy cojo el último autobús, la última escala de un viaje muy largo, hoy es el día en que hago alarde de toda la valentía que me ha faltado hasta ahora, hoy es el día en que nos veremos por fin. Jamás recuerdo haber estado tan nervioso, pero tampoco tan feliz, ya que por primera vez en mucho tiempo, tengo ganas de vivir, de sentir cada uno de los momentos de este día y recibir, estoy seguro, una sonrisa por tu parte. Quedan diez horas para que salga el autobús que me lleva a la puerta de tu casa, y aunque no puedo ocultar el miedo que me produce que no quieras saber nada de mí, tengo que confesar que cada paso dado este mes ha sido una grandísima liberación para mí, sintiendo que dejaba atrás una vida de cobardía, miedo, tristeza, frío y soledad.*

*Quiero que sepas que aceptaré cualquier tipo de reacción, y aunque nada me haría más feliz que un abrazo, un beso y un “hasta mañana” por tu parte, el verdadero motivo de todas estas anotaciones es hacer algo que la vida, o más bien mis limitaciones emocionales, no me han dejado hacer, enseñarte. Quiero que absorbas cada una de las palabras que he escrito, porque te aseguro que han salido de lo más profundo de mí, para mostrarte un camino prohibido, una ruta que nunca debes seguir, rendirte. Tal y como te escribí ayer, quiero que camines sin parar, sin pensar en las cuestas ni en las*

*piedras, ni en si viene tormenta o un terremoto, simplemente mira hacia tu objetivo y persíguelo como si no existiese nada más.*

*No quiero que esto, tal y como me ha pasado a mí, te lo tenga que enseñar la vida, así que cuando te encuentres ante una dificultad empieza a leer todas mis cartas, y así te darás cuenta de que en el único momento en que he conseguido ser feliz es cuando tan sólo me centraba en ti.*

María entonces levantó la cara llena de lágrimas de aquella libreta que le había descolocado todos los sentimientos, y allí estaba él, mirándola con los ojos débilmente abiertos, llorando como un niño, y con una media sonrisa que le salía de lo más profundo de su persona. María entonces se levantó, le cogió la mano y le dijo: gracias. Y aunque ella sabía que no la podía escuchar, también estaba segura de que le había leído los labios, porque los ojos de aquel hombre indefenso ante un final inminente, se iluminaron, quedándole una expresión de felicidad en la cara que ella jamás olvidaría.

Finalmente, por la noche tal y como estaba previsto fue sedado, no antes de que María le diese el beso, el abrazo, y le susurrase aquel “hasta mañana” que él había estado esperando toda su vida.